

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de Enero de 2015
Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Hemos visto salir su estrella, dicen los *Magos*. Para el evangelista, hermanos y hermanas, estos personajes sintetizan la vocación de toda la humanidad a la fe. No son de Israel; no pertenecen, por tanto, el pueblo de la Primera Alianza que había recibido los anuncios proféticos del Mesías que había de venir. Son paganos. Llegan de lejos. A partir de las inquietudes de su corazón, a partir de lo que sus ojos observan sobre el universo, se cuestionan y buscan. Expertos como eran en escrutar el firmamento con todas las maravillas que se observan, interpretaron la aparición de una nueva *estrella* como signo del nacimiento del Mesías de Israel. Lo dejan todo y se ponen en camino para buscarlo. No importa que sea una ruta larga y fatigosa. El celo para encontrar el recién nacido objeto de su investigación les hace agradable la pesadez del camino; con el corazón ensanchado hacen vía hacia Jerusalén. Y, de allí, tal como les indican los sabios de Israel, hacia Belén. La alegría que les había puesto en camino y les había acompañado durante toda la ruta, es mayor aún al llegar a *la casa* donde encuentran *al niño con su madre*. Ante él se postran en el suelo en señal de veneración y le presentan sus ofrendas; con ello cumplen la palabra profética que hemos escuchado en la primera lectura: gente de los pueblos no judíos *caminarán... a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora [...]; vienen... trayendo incienso y oro, y proclamando las alabanzas del Señor*. Después de haber encontrado a Jesús, *la estrella* ya puede desaparecer, porque la *luz* de Jesucristo, más brillante que la de la estrella que les ha guiados, brilla en su interior.

Hemos visto salir su estrella. El itinerario de los *Magos* es ejemplo del itinerario de la fe cristiana. Apertura de corazón, reflexión de la inteligencia, contemplación de las realidades creadas, humildad, acompañamiento por parte de alguien que ayude a interpretar los signos, reconocimiento de Jesús como *Mesías*, como Salvador, y darle la propia vida para ponerse a su servicio. Nosotros, en nuestro proceso de fe, hemos recorrido este camino. No hemos visto *la estrella* en el firmamento, pero hemos visto *la luz* en el rostro y en la palabra de Jesucristo y *él ha brillado* en nuestros corazones (2Cor 4, 6). Con su *luz*, nos ha hecho descubrir *el misterio secreto* del que hablaba la segunda lectura; es decir, el designio eterno de Dios que había sido escondido a la humanidad y que se ha revelado en Jesucristo. Un designio que consiste en la llamada de los pueblos paganos a la salvación como primero ha sido llamado Israel para formar juntos un solo cuerpo, que es la Iglesia, y *compartir una misma promesa*; los *Magos* en el evangelio de San Mateo son el prototipo de los que reciben el anuncio del designio salvador de Dios a favor de todos los pueblos. Nosotros, que no pertenecemos al pueblo de Israel, también hemos sido llamados a la fe y hemos respondido positivamente, a pesar de nuestras incongruencias e infidelidades. Como los *Magos*, vamos aprendiendo que la fe es don y al mismo tiempo es compromiso personal, que es gracia y es también riesgo, que es necesaria la humildad para buscar, y que el descubrimiento de la persona de Jesucristo es causa de alegría.

Hemos visto salir su estrella. Nosotros que hemos visto la *luz* que nos aporta Jesucristo, debemos comunicarla a los que no la conocen. Si los *Magos* no hubieran encontrado unas personas que los orientaron, probablemente no habrían llegado hasta Jesús. Dios llama a la fe todos los pueblos, cada uno con su cultura y con su historia. Y Dios, en su condescendencia, se adapta a su lenguaje para que lo puedan descubrir, como se adaptó al lenguaje de los *Magos* cuando estudiaban el firmamento. Por ello, a partir de nuestra experiencia de fe debemos hacer conocer a Jesucristo a los demás. Debemos ser *luz* y *sal* en la sociedad (cf. Mt 5, 13-14); *luz* no con resplandor propio sino reflejando la de Jesucristo; *sal*, como elemento que da gusto a la vida y evita la corrupción. Los cristianos no somos un grupo más en la sociedad plural de nuestros días. Somos enviados por Jesucristo a ser testigos de cómo Dios ama a todas las personas, de cómo es posible la alegría interior, de cómo es posible una convivencia pacífica y justa basada en el amor a los demás, de cómo es posible el servicio desinteresado al bien común. Tenemos que ser muy conscientes de esta vocación a ser testigos. No somos tan numerosos como antes, hay mucha gente que pasa de la fe y de la Iglesia, son pocos los jóvenes que participan en parroquias

o movimientos. Pero no hemos de considerarnos un grupo residual. Con humildad, sin pretender imponer nuestra visión de las cosas, hemos recibido la misión de ser *levadura* en la sociedad (cf. Mt 13, 33) y contribuir a hacerle conocer a Jesucristo y la riqueza de su visión de la persona humana y de las relaciones entre personas y entre pueblos. Dios nos ha reunido en la Iglesia para que sea en medio de la sociedad un signo -un sacramento- de Jesucristo para comunicar a todos los hombres y mujeres del mundo todo lo que el Señor ha aportado a la humanidad con su nacimiento y con su obra sazonadora. Y esto no es sólo misión de los pastores de la Iglesia, lo es también de los laicos. Sois como una *levadura* en la masa en orden a hacer un mundo según Jesucristo, e iluminando y encaminando las realidades temporales hacia este fin (cf. Lumen Gentium, 30). En este sentido, el Papa Francisco nos invita a descubrir "la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo" (Evangelii Gaudium, 34) y a afrontar, desde esta perspectiva del amor de Dios, los desafíos que nos presenta el mundo actual. Lo que conlleva decir no a la idolatría del dinero y una economía que, en vez de estar al servicio de la persona, crea exclusión y desigualdad; lo que conlleva, también, trabajar por la paz, por la reconciliación y la justicia; conlleva defender los derechos de las personas y de los pueblos, defender la libertad religiosa, ayudar a la promoción de las personas, etc. (cf. *ibíd.*, 62-75).

Hemos visto salir su estrella. Lo cantaremos en el momento de la comunión para expresar nuestra fe en Jesucristo; tanto en su realidad de Hijo de Dios hecho hombre que con su Evangelio ilumina nuestra existencia, como en su presencia en el sacramento de la eucaristía. Por ello, tras esta expresión de fe, añadiremos "y venimos con regalos a adorarlo". Haremos homenaje al Cristo Señor, haciéndole el regalo de nuestra fe, de nuestro esfuerzo para vivir con coherencia, de nuestro trabajo a favor de los demás, de nuestra voluntad de amarlo a él y a los hermanos.